

JUAN ISIDRO SIAM

Aviones en la madrugada



Edición: Michael H. Miranda

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Foto de cubierta: Archivo

© Juan Isidro Siam, 2017

Primera edición: © Casa Vacía, 2017

Segunda edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

[casavacia16@gmail.com](mailto:cavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798305085624

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Un libro es un gran cementerio donde los nombres de la mayoría de las tumbas están borradas e ilegibles.

MARCEL PROUST

La impuntualidad se castiga con la separación

La aguja colinegra, una especie de ave migratoria de Islandia, castiga la impuntualidad con la separación, revela un estudio publicado en el más reciente número de la revista científica británica Nature. A pesar de las largas distancias que deben recorrer, los miembros de la pareja se las arreglan para llegar casi juntas a la misma área de cría, pero si uno de ellos demora tres días, entonces el otro lo abandona y se busca un nuevo compañero.

Sección Hilo directo
Periódico *Granma*, 7-10-04

I

(CONQUISTA)

El avión de combate avanza hacia ellos. Ve la punta de la proa balancearse paralela al asfalto. Balancearse lentamente. En ese instante, como si antes no hubiese sucedido nada, ella inicia el juego: cielo; y él, por instinto: espacio creado por tu mirada. De la cabina abierta emerge la figura del piloto mirando al frente. Parece un tanquista asomado a la torreta. Solo es visible el torso, pero es evidente que viste el uniforme de combate. El gorro con sus orejeras se mece al viento de la madrugada y él piensa que le da un aire bohemio.

—Irrealidad.

—Aviones transitando avenidas.

El pequeño parque está a un costado de la avenida, allí donde el azar une una ligera cuesta y un discreto giro, por ello, a pesar de los árboles y aunque el banco que ocupan no es de los primeros, pueden ver con claridad. Justo cuando pasa a la altura de ellos, el piloto gira el rostro y ella inicia una sonrisa. Los dos hombres quedan mirándose un instante:

—Desafío.

—Instinto al que me entregas.

Siente celos. Celos de aquel piloto de guerra que guía su nave por una carretera desierta mientras ella sonríe...

Me arriesgaré a hablar de algo manido: la relación de un hombre y una mujer. Ella se llama Jondra y él Fernando. En sus nombres se evidencia una clara diferencia conceptual que nos lleva necesariamente a percatarnos de que sus edades difieren en al menos diez años. De que sus familias difieren. De que sus vidas difieren. ¿Cómo pueden entonces estas dos personas coincidir en la vida?

Por el nombre de Fernando, a punto de terminar el siglo xx, podemos descubrir unos padres, una familia aferrada a la tradición. Personas que no dan fácilmente su brazo a torcer. No se montan en el carro de la moda. Cierta clase. Distinción. Rechazo. Resistencia. Características que intentan entregar al hijo desde el acto mismo de nombrarlo, de diferenciarlo entre la masa de niños anodinos que ejercitan la memoria cada vez que van a nombrar a un amigo. Quizá por eso prefieran la facilidad de referirse unos a otros como “este” o “aquel”, o apodos más distinguidos que sus propios nombres. Él no. Él es Fernando. Fernan. Fernandito. Producto del amor de sus padres. Forjado como Dios manda. En una cama postmatrimonial. El hijo de María del Carmen y Francisco José. Nombre de emperador.

Jondra podría ser, como nombre, el resultado de una lectura equivocada de su madre. Lectura apresurada del envase de algún producto de los países del antiguo campo socialista. Un medicamento quizás. Un recipiente de alimentos. En realidad fue el sonido que su madre creyó escuchar en una oscura y casi vacía sala de cine donde proyectaban una pe-

lícula de guerra, hoy denominadas “de comandos”, en la que el comisario político de la brigada se inmolaba para salvar la ciudad del invasor alemán. Escuchó aquel sonido eslavo —en realidad un largo ¡Hurra!, algo así como ¡Huuurraaa!— que llegó a sus oídos onomatopéicamente distorsionado por el pésimo audio como ¡Yuuundraaa! y lo asoció para siempre con la protagonista. La muchacha lloraba a su comisario —aunque comprendía perfectamente su gesto— y ella —llorosa también, aunque muy pronto comenzaría a reír— se dijo que el día en que tuviera una hija le pondría aquel nombre. Puede ser que luego lo olvidara parcialmente —también la trabajadora del Registro Civil hizo su parte al sustituir la Y por J y cerrar demasiado la u convirtiéndola en o— y de ahí surgió Jondra.

Algunas precisiones aún. La primera: el olvidar parcialmente sus promesas es algo que Jondra heredará de su madre junto con su nombre alterado. Otra es que su madre no estaba sola en la semivacía sala cinematográfica en aquella ocasión en que pasó del llanto a la risa con absoluta tranquilidad y, además, obsérvese que solo hablo de su madre.

Así, con estas características tan diferentes, estas dos personas están por encontrarse.

Fernando tiene dos hijos. Son niños pequeños de siete y tres años respectivamente. Nunca creyó en el matrimonio como fórmula, solo lo aceptó como un mal menor, como una necesidad. Jamás ha creído en

el divorcio como solución, le molesta causar daño, mas suele causarlo y causárselo.

Aunque la traiciona, ama a su esposa. A pesar de los más de quince años de matrimonio, no están apagados. Conversan como novios. Realizan proyectos y sueñan juntos. Y se aman aún, un poco impúdicamente. Pero Fernando es un hombre que siempre quiere más. No olvidemos este detalle.

Y están los hijos. Uniones poderosas. Sostenes. Bisagras. Nunca ha querido a nadie como a ellos. Un día declarará que solo cree en el amor: “única patria que reconozco”. Le dolerá que no se entienda que sus hijos están incluidos.

Entonces, de sus incursiones punitivas suele regresar siempre, a pesar del daño que en ocasiones causa. A pesar del daño que, cada vez con más frecuencia, se causa.

En este instante acaba de regresar de un recordatorio de su luna de miel. Está concentrado en su casa y en un buen momento de lo que algunos creen su hobby preferido: la literatura. En realidad, para él, su verdadero trabajo, porque su empleo como contador en el Departamento Económico de un instituto de la ciudad es un trabajo gris que desprecia. La contaduría es la realidad. La certeza del cálculo es irrebatible. Por el contrario, ama la literatura. La disfruta. La literatura le permite la posibilidad de crear, de vivir, de elegir múltiples vidas. De saber qué piensan, qué dicen, qué hacen otras personas, aún cuando estén distantes. Es como el onanismo. La literatura le brinda la posibilidad de ser Dios. De borrar en caso de equivocarse sin

que pase nada. De comenzar un paso antes del error y enmendar sin que nadie quede dañado. Un paso antes de la serpiente y la manzana. De la menstruación, los dolores de parto y la guerra. Fernando sueña con poder dedicarse a ella profesionalmente, solo que no concibe dejar la certeza de su trabajo —que le permite llevar un salario mensual a su casa— por la incertidumbre de una probable carrera literaria. No concibe que una ambición personal dañe a sus hijos. Todo esto es un gran círculo. Un bumerán que, por más que intenta enviar lejos, termina regresando. Se contenta entonces con escribir, cuando puede, sus poesías y cuentos. Está cercano el día en que hará algo que podríamos considerar infantil, romántico o deprimente. En realidad, es un acto desesperado contenido en un sobre de carta. Está cercano, pero aún no ha llegado ese momento.

Fernando lleva tres días fuera del trabajo y ha ido a visitar a su mejor amiga. Trabajan juntos desde antes de casarse él y se conocen perfectamente. Conversan y bromean de cosas diversas. Últimos chismes de la oficina, libros, cine. Ella le ha ofrecido un café que termina demorándose más de lo esperado. Finalmente, se pone de pie para marcharse y ella lo acompaña a la puerta. Esta demora del café será decisiva en la vida de él. Si el café hubiera estado antes, unos segundos antes, al salir no habría conocido a Jondra. De seguro ella estaría en ese momento unas dos calles más arriba. Pero no estuvo en tiempo, y al salir, se encontró con ella casi en la puerta de la casa de su amiga. Un café. El azar contenido en una simple taza de café.

Jondra y Fernando estaban acercándose. Una vecina de Jondra le conoce y hasta lo ha mencionado en su presencia. En algún momento él ha publicado alguno de sus poemas y ella lo ha leído. Siente curiosidad por conocerlo. No una gran curiosidad. Nada que la aparte de sus asuntos más importantes —lograr que cierta persona de quien aún es amante decida qué hacer, para entonces ella decidir qué es conveniente hacer con cierta persona que aún se considera su amante— pero curiosidad al fin. Una característica a veces poco tenida en cuenta, pero vital en Jondra: la curiosidad.

La casa de Jondra, bastante céntrica, está en una de las principales calles de la ciudad. Su vecina necesita realizar unas compras y como las tiendas están por cerrar, ante el apremio de esta, se apresura a acompañarla. Irá vestida con bastante desenfado y parecerá alguien insignificante esta tarde en que todo se confabula, pues este detalle que baja su autoestima, será también trascendente.

Una calle antes de llegar al sitio donde está Fernando, Jondra y su amiga casi atropellan a un anciano que está siempre sentado en unos escalones vendiendo objetos diversos a los transeúntes. Curiosamente, este vendía más baratos los productos que la amiga desea comprar. Sin mirarlo, le piden disculpas y continúan, en el instante en que Fernando y su anfitriona ríen por la última decisión errónea tomada por alguien a quien le pagan por tomar decisiones acertadas. Quizás en el instante en que ella le dice: “Si no estás apurado, si no te traigo ningún contratiempo, puedo hacer café”. Y él responde afirmativamente. Desconoce qué

le trae el mayor de los contratiempos de sus treinta y nueve años.

Cuando regresan, ya tranquilas, a menos de una cuadra de distancia, la vecina ve salir a Fernando de una casa e iniciar la despedida de alguien a quien no ve. Esas palabras, en ocasiones rutinarias —no en esta ocasión— se extienden también algo más de lo normal. Un último chiste y mientras se acercan le ven reír.

—¿No querías conocer a Fernando? ¡Apúrate! —es apremiada Jondra.

Su compañera grita “¡Fernando!”, ante el peligro de la partida, él se vuelve, los últimos vestigios de risa detenidos, mientras confronta en su mente aquel rostro que se acerca. Finalmente le encuentra un nombre al tiempo que saluda a ambas, aunque a Jondra por educación, un poco formal, dado que no la conoce y en realidad no despierta en él la más mínima atención. Nueva fatalidad para Fernando.

Jondra, desconocida, mal vestida, delgada e insignificante para él, se revela y decide desplegar todo su encanto. De improviso, no podría decirse cómo, él comienza a notarla. Ella comienza a hablar mientras acciona sus manos de forma que sus gestos creen figuras alrededor de su cuerpo. Fernando ha dejado de atender a la vecina de Jondra que pasa a ser telón de fondo —como la compañera de trabajo, que al percatarse que pasaba de anfitriona a estorbo, se ha despedido brevemente, sin risas esta vez, y ha cerrado la puerta, quizás con un poco más de dureza que la necesaria— y comienza a observarla al ritmo de las manos de ella. Un día dirá que la percibió a flashazos.

A pulsos de luz. Por partes. Las partes que ella fue mostrándole. El orden en que ella decidió mostrarse. La velocidad en que ella entendió hacerlo.

Es viernes y ella le dice que esa noche irán al teatro. Es una sugerencia pero aún él se resiste a esta impresión inesperada. Finalmente, tras dudar, les dice que no puede ir. Ella encuentra entonces la forma de mostrarle lo cerca que están de su casa y así tiende un puente al futuro.

Fernando está intentando defenderse de sí mismo e involucra a la amiga de Jondra en la conversación. Bromea, finge estarla invitando a salir, primer error, y volverá a equivocarse cuando confiesa, desenfadadamente, que es casado y con hijos. Cuando dice aquello que todos ocultan, Jondra sentirá como un guante que abofetea su rostro, retándole. Este hombre tan seguro la provoca. Ella es la ofendida. Acepta el reto. Elegirá las armas.

Jondra nació mutilada de sueños, cuando arreciaba la batalla ideológica y eliminaban el Día de Reyes, las navidades, la Noche Buena y se ceñía el racionamiento sobre la familia cubana. Muy joven necesitó escapar de su casa y la mejor forma que se le ocurrió fue casarse. El mejor lugar al cual huir fue el más lejano: La Habana. La fórmula para tener vida independiente fue crear vida: tuvo una hija.

Ella pagaba ante sus abuelos —sobre todo ante el abuelo, que fungía como padre— los deslices de su madre. Su madre, sentada en la semipenumbra de una

semivacía sala cinematográfica, leyendo o escuchando, incorrectamente, el nombre que le pondrá a su hija. Leyendo o interpretando, incorrectamente, ese tramo de la vida que casi todos interpretamos mal: la juventud. Llorando ante el dolor de la heroína —que ella creerá siempre se llama Jondra— y segundos después, las lágrimas aún sin secar, riendo ante algo que le dice al oído el joven que está a su lado y que la acaricia.

La madre de Jondra no está sola. No está sola, ni esta es una sala cinematográfica común. Es un improvisado lugar de proyección, en un improvisado campamento de jóvenes que se preparan como improvisados profesores, junto a una playa durante siglos meditada por la naturaleza.

La madre de Jondra está en aquel campamento contra la voluntad de sus padres. Sus padres no pudieron detenerla. Era la época de las primeras becas. Casi niños iban desde Oriente a La Habana, y como ella fue becada relativamente cerca, consideraron que este era un mal menor. Cerca de la escuela hay una Base Aérea donde reclutas del Servicio Militar se entrena como pilotos. El mando ha coordinado con la dirección de la escuela para que ambos grupos de jóvenes confraternicen mediante distintas actividades de “índole cultural, político e ideológico”. Una de las más comunes: el cine. Las películas y el obsoleto proyector son suministrados por la Base. Películas que “ayuden a la formación del hombre nuevo”.

La madre de Jondra pasa de improviso del llanto a la risa, cuando la muchacha eslava llora sobre el

pecho acribillado de su comisario político. Un pecho donde cada agujero de bala es una condecoración. Cada bala es una vida salvada. Vidas que van rodeando a la protagonista y compasivamente la acarician, ayudándola a sobrellevar el dolor por la muerte del héroe, mientras el avión agresor, envuelto en el humo provocado por los disparos certeros del comisario antes de ser alcanzado, se pierde en la lejanía hacia un final previsible.

Cuando el avión inició su picada asesina, el que será azaroso padre de Jondra, describió esa misma picada con su mano derecha —la izquierda estaba por sobre los hombros de la muchacha— dirigiéndose peligrosamente a los senos de la futura madre. Comenzó a acribillarlos con el pretexto de que cada roce pretendía situar, explicar, dónde golpeó cada bala al comisario político. Él nota cómo cada vez es rechazado con menos convicción y cómo, mientras los senos se endurecen, la temperatura de ella va ascendiendo. Como ella no sabe qué decir, reproduce sus pensamientos: “Cuando tenga una hija le pondré así. ¡Jondra!” Como su mano derecha es dueña de la mitad de la llorosa compañera, él inicia el ataque sobre la otra mitad y sugiere: “Vámonos a la playa para ponerle el nombre ahora mismo”. Y ahora, olvidado el dolor de la protagonista, la madre de Jondra se define y define a su futura hija. Estalla en una carcajada, sin aún dejar de llorar, justo cuando las vidas salvadas por el comisario se olvidan del llanto provocado por la acción del héroe y, dando la espalda a la tragedia, gritan jubilosos porque el avión acaba

su incierto último vuelo agresor y se estrella en la lejanía, transformándose en un sonido lejano y una columna de humo y llamas.

Hurrrraaaa...

Después del nominal pase de lista en ambos campamentos, escabullidos hacia la playa, bajo un cielo decorado por las estelas de los aviones que a esa hora maniobraban quebrando la barrera del sonido, el final es tan previsible como el del agresor alemán de la película. Ella está encantada de la atención que le presta desde hace varios días aquel mulato a quien le queda tan bien la ropa militar. Aún es virgen y siempre será poco agraciada y él dispara todas sus armas contra un cuerpo que resiste heroicamente. De pie le ha quitado la blusa y el ajustador lo ha retirado quitando el broche con una sola mano —con la maestría adquirida repitiendo el acto mil veces en su albergue con una prenda robada que modelos voluntarios van colocándose— y le besa los senos. Los devora literalmente. Es su primera mujer blanca. Revolucionariamente los límites raciales comienzan a difuminarse.

Le toma la mano y hace que ella le toque entre las piernas, mientras que él hace lo mismo con ella y es cuando se extiende por la playa un olor intenso a pez que la brisa del mar no logra enmascarar. La madre de Jondra no volverá jamás a estar tan excitada. Excitada por encima del miedo. Por sobre el dolor. Del bochorno.

Índice

I. (Conquista) / 9

II. (Costumbres) / 71

III. (Conflictos) / 127

IV. (Caos) / 195

V. (Calma) / 249

Epílogo / 257